

las tres me dieron tan furiosa tarea de araños y estrujones, que en un abrir y cerrar de ojos me desmecharon, arañaron la cara é hicieron tiras mi ropa, sin descansar sus lenguas de maltratarme á cual más, repitiéndome sin cesar el retumbante título de alcahuete.

Por empeño de algunos hombres decentes que se llegaron á ser testigos de mis honras, me dejaron al fin, ya dije cómo, y lo peor fué que los cargadores, viéndome tan bien entretenido y asegurado, se marcharon con mis trastos, sin poder yo darles alcance, porque no ví por dónde se fueron.

Así, todo molido á golpes, hecho pedazos y sin blanca, me hallé cerca de las oraciones de la noche frente de la plaza del Volador, siendo el objeto más ridículo para cuantos me miraban.

Me senté en un zaguán, y á las ocho me levanté con intención de irme á ahorcar.



CAPÍTULO VIII

En el que nuestro Perico cuenta como quiso ahorcarse; el motivo porque no lo hizo; la ingratitud que experimentó con un amigo; el espanto que sufrió en un velorio; su salida de esta capital y otras cosillas.

—Es verdad que muchas veces prueba Dios á los suyos en el crisol de la tribulación; pero más veces los impíos la padecen porque quieren. ¿Qué de ocasiones se quejan los hombres de los trabajos que padecen, y dicen que los persigue la desgracia, sin advertir que ellos se

la merecen y acarrear con su descabellada conducta? — Así decía yo la noche que me ví en el triste estado que os he dicho, y desesperado ó aburrido de existir, traté de ahorcarme. Para efectuarlo vendí mi reloj en una tienda en lo primero que me dieron; me eché á pechos un cuartillo de aguardiente para tener valor y perder el juicio, ó lo que era lo mismo, para no sentir cuándo me llevaba el diablo. Tal es el valor que infunde el aguardiente.

Ya con la porción del licor que os he dicho tenía en el estómago compré una reata de á medio real, la doblé y guardé debajo del brazo, y marché con ella y con mi maldito designio para el paseo que llaman de la Orilla.

Llegué allí medio borracho como á las diez de la noche. La obscuridad, lo solo del paraje, los robustos árboles que abundan en él, la desesperación que tenía y los vapores del valiente licor, me convidaban á ejecutar mis inicuas intenciones.

Por fin me determiné, hice la lazada, previne una piedra que me amarré con mil trabajos á la cintura para que me hiciera peso, me encaramé en un escaño de madera que había junto á un árbol, para columpiarme con más facilidad, y hechas estas importantes diligencias, traté de asegurar el lazo en el árbol; pero esto debía ejecutarse lazando el árbol con la misma reata para afianzar el un extremo que me debía suspender.

Con el mayor fervor comencé á tirar la reata á la rama más robusta para verificar la lazada; pero no fué dable conseguirlo, porque el aguardiente perturbaba mi cabeza más y más y quitaba á mis pies la fijeza y el tino á mis manos: yo no pude hacer lo que quería. Cada rato caía en el suelo armado de mi reata y desesperación, prorrumpiendo en mil blasfemias y llamando á todo el infierno entero para que me ayudara á mi tan interesante negocio.

En éstas y las otras se pasarían dos horas, cuando ya muy fatigado con mi piedra, trabajo y porrazos que llevaba, y advirtiendo que aun tenerme en pie me costaba suma dificultad, temeroso de que amaneciera y alguno me hallara ocupado en tan criminal empeño, hube de desistir más de fuerza que de gana, y quitándome la piedra, echando la reata á la acequia y buscando un lugar acomodado, volví cuanto tenía en el estómago, me acosté á dormir en tierra pelada y dormí con tanta satisfacción como pudiera en la cama más mullida.

El sueño de la embriaguez es pesadísimo, y tanto, que yo no hubiera sentido ni carretas que hubieran pasado sobre mí, así como no sentí á los que me hicieron el favor de desnudarme de mis trapos, sin embargo de que las cuscas malditas los habían dejado incodiciales.

Cuando se disiparon los espíritus del vino que ocupaban mi cerebro, desperté y me hallé como á las siete del día en camisa, que me dejaron de lástima.

Consideradme en tal pelaje, á tal hora y en tal lugar. Todos los indios que pasaban por allí me veían y se reían; pero su risa inocente era para mí un terrible vejamen, que me llenaba de rabia, y tanta, que me arrepentía una y muchas veces de no haberme podido ahorcar.

En tan aciago lance se llegó á mí una pobre india vieja, que condolida de mi desgracia me preguntó la causa. Yo le dije que en la noche antecedente me habían robado, y la infeliz, llena de compasión, me llevó á su triste jacal, me dió atole y tortillas calientes con un pedazo de panocha, y me vistió con los desechos de sus hijos, que eran unos calzones de cuero sin forro, un cotón de manta rayada y muy viejo, un sombrero de petate y unas guarachas. Es decir, que me vistió en el traje de un indio infeliz; pero al fin me vistió, cubrió mis carnes, me abrigó, me socorrió, y cuanto pudo hizo en mi favor. Cada vez que me acuerdo de esta india benéfica, se enternece mi corazón y la juzgo en su clase una heroína de caridad, pues me dió cuanto pudo, y sin más interés que hacerme beneficio sin ningún merecimiento de mi parte. Hoy mismo deseara conocerla para pagarle su generosidad. ¡Qué cierto es que en todas las clases

del estado hay almas benéficas, y que para serlo más se necesita corazón que dinero!

Últimamente, yo, enternecido con la expresión que acababa de merecer á mi pobre india vieja, le dí muchas gracias, la abracé tiernamente, le besé su arrugada cara y me marché para la calle.

Mi dirección era para la ciudad; pero al ver mi pelaje tan endiablado, y al considerar que el día anterior me había paseado en coche y vestido á lo caballero, me detenía una porción de tiempo en andar, pues en cada paso que daba me parecía que movía una torre de plomo.

Como dos horas me anduve por la plazuela de San Pablo y todos aquellos andurriales, sin acabar de determinarme á entrar en la ciudad. En una de estas suspensiones me paré en un zaguán, por la calle que llaman de Manito, y allí me estuve, como de centinela, hasta la una del día, hora en que ya el hambre me apuraba y no sabía dónde satisfacerla; cuando en esto que entró en aquella casa uno de mis mayores amigos, y á quien puntualmente el día anterior había yo convidado á almorzar con su mujer y sotacuñados.

Luego que él me vió, hizo alto: me miró con atención, y satisfecho de que yo era, quería hacerse disimulado y meterse en su casa sin hablarme; pero yo, que pensaba hallar en él algún consuelo, no lo consentí, sino

que, atropellando con la vergüenza que me infundía mi aindiado traje, lo tomé de un brazo y le dije:

—Yo soy, Anselmo, no me desconozcas; yo soy Pedro Sarmiento, tu amigo, y el mismo que te ha servido según sus proporciones. Este traje es el que me ha destinado mi desgracia. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme; ya te dije quién soy; ayer paseamos juntos y me juraste que serías mi amigo eternamente; que te lisonjeabas de mi amistad y que deseabas ocasiones en que corresponderme las finezas que me debías. Ya se te proporciona esta ocasión, Anselmo. Ya tienes á las puertas de tu casa, sin saberlo, á tu infeliz amigo Sarmiento, desamparado en la mayor desgracia, sin tener á quién volver sus ojos; sin un jacal que lo abrigue ni una tortilla que lo alimente; vestido con un algodón de indio y unos calzones de camuza indecentísimos, que le franqueó la caridad de una vieja miserable; los que, aunque cubren sus carnes, le impiden por su misma indecencia el presentarse en México á implorar el favor de sus demás amigos. Tú lo has sido mío, y muchas veces me has honrado con ese dulce nombre; desempéñalos, pues, y socórreme con algunos trapos viejos y algunas migajas de tu mesa.

—¿Qué piensas, pícaro, me dijo el cruel amigo; qué piensas que soy algún bruto como tú, que me has de engañar con cuatro mentiras? Don Pedro Sarmiento, á

quien te pareces un poco, es mi amigo, en efecto; pero es un hombre fino, un hombre de bien y un hombre de proporciones; no un pillastrón, vagante y encuerado. Vaya con Dios.—Sin esperar respuesta se entró al patio de su casa dándome con las puertas en la cara.

Es menester no decir cómo quedaría yo con tal desprecio, sino dejarlo á la consideración del lector; porque suceden algunas fatalidades en el mundo de tal tamaño, que ninguna ponderación basta para explicarlas con la energía que merecen y sólo el silencio es su mejor intérprete.

Entre la cólera y desesperación, la tristeza y el sentimiento, me quedé en el zaguán cavilando sobre el lance que me acababa de pasar. Quisiera retirarme de aquellos recintos, que me debían ser tan odiosos; quisiera esperar á Anselmo y hacerlo pedazos entre mis manos; pero calmaba mi enojo cuando me acordaba que había hablado bien de mí, y no me conoció.—No hay duda, decía yo, él es mi amigo y me quiere; este traje y el mal pasaje de anoche tal vez me desfigurarán de modo que no me conozca; yo lo esperaré en este lugar, y si después que lo cerciore bien que soy Pedro Sarmiento, él no me quisiera conocer, me alejaré de su vista como de la de un vestiglo, detestaré su amistad, abominaré su nombre y me iré por donde Dios quisiera.

Así estuve batallando con mi imaginación hasta las

oraciones de la noche, á cuya hora bajó Anselmo con un sable desnudo y me dijo:—Parece que se ha hecho usted piedra en mi casa; sálgase usted, que voy á cerrar la puerta.

—Cuando le hablé á usted la primera ocasión, le dije, fué creyendo que me conocía y era mi amigo, y valido de este sagrado me atreví á implorar su favor. Ahora no le pido nada, sólo le digo que no soy un pícaro, como me dijo, ni me valgo del nombre de don Pedro Sarmiento, sino que soy el mismo, y en prueba de ello, acuérdesese que ayer fué usted conmigo y su querida Manuelita, con los dos hermanos de ésta y una criada á la almuercería de la Orilla, donde yo costé el almuerzo, que fueron envueltos, guisado de gallina, adobo y pulque de tuna y de piña.

Acuérdesese usted que costó el almuerzo ocho pesos, y que los pagué en oro. Acuérdesese que cuando me lavé las manos me quitó un brillante, y aficionada de él su dama, lo alabó mucho, se lo puso en el dedo, y yo se lo regalé, por cuya generosidad me dió usted muchas gracias, ponderando mi liberalidad. Acuérdesese que paseándonos los dos solos por una de aquellas galerías, me dijo que su mujer le había oído la podrida (fueron palabras de usted), que por este motivo tenía frecuentes riñas, y que usted pensaba abandonarla y llevarse á Manuelita á Querétaro, donde se le proporcionaba destino. Acuér-

dese que á esto le dije que no hiciera tal cosa, pues sería añadir á una injusticia un agravio; que sobrelleva á su mujer y procurara negarle todo cuanto sabía, no darle motivo de sospecha, hacerle cariño y manejarse con prudencia, pues al fin era su esposa y madre de sus hijos. En fin, acuérdesese que al separarnos subí al coche á Manuelita, y ésta pisó el túnico de coco en el estribo y lo rompió.

Estas son muchas señas y muy privadas para que usted dude de mi verdad. Si mi semblante está desfigurado y mi traje no corresponde á quien soy, lo ha causado la adversidad de mi suerte y las vicisitudes de los hombres, de lo que usted no está seguro, y quizá mañana se verá en situación más deplorable que la mía.

El negar que me conoce será una vil tenacidad, después que le doy tantas señas y después que me ha oído tanto tiempo, porque aunque los semblantes se desfiguren, las voces permanecen en su tono y es muy difícil no conocer por la voz al que se ha tratado mucho tiempo.

—Todo cuanto usted ha charlado, dijo Anselmo, prueba que es usted un perillán de primera clase, y que para venir á pegarme un petardo me ha andado á los alcances y ha procurado indagar mi vida privada, valiéndose tal vez de la intriga con mi amigo Sarmiento